

nº  
02

## DE LAS IDEOLOGÍAS A LA EXPERIENCIA DE LO REAL

PREPUBLICACIÓN

Prepublicación del número 2 de *Relecciones*

RESEÑA DE

**“El demonio del mediodía. La acedia,  
el oscuro mal de nuestro tiempo”  
de NAULT, Dom Jean-Charles**

Reseñado por  
AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

# El demonio del mediodía. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo

**Autor / Author**

**NAULT, DOM Jean-Charles**

**Editorial / Publishing company**

**BAC. Madrid, 2014. 184 pp.**

**L**a crisis cultural y moral en la que desde hace décadas nos movemos, tiene muchos y muy complejos factores. Pero el diagnóstico último de lo que todo eso provoca suele escaparse a sociólogos y ensayistas. La corrupción, la crisis de valores, no son más que síntomas. Más profundo que todo ello está un rechazo y hastío por el bien que tiene raíces invisibles a la mirada más generalista. A mi juicio este es el valor de este libro, que la editorial ha puesto en versión española apenas un año después de su aparición original en francés. Su autor dedicó su investigación doctoral a investigar cómo los Padres del desierto y la tradición escolástica explicaron el vicio moral de la acedia. La virtud de este ensayo es que, lejos de una presentación erudita pero con todo rigor, ofrece al lector de manera clara y directa los resultados de dicha investigación y cómo ese conocimiento que el autor ha adquirido, ilumina distintos aspectos de la vida cotidiana de cualquiera, no sólo de los monjes.

Al ir a la raíz de la cuestión, que es radicalmente moral, el ensayo tiene otra gran virtud: que no se limita a la mera descripción de los aspectos genéricos o más psicológicos. La acedia provoca el rechazo del gusto por vivir y paraliza la riqueza del dinamismo interior de la persona. Ese dinamismo, netamente espiritual, no puede ni alcanzarse ni explicarse adecuadamente desde una visión del hombre reducido a sus fenómenos biopsíquicos. Este libro viene a enriquecer mucho la reflexión ética que en las últimas décadas ha vuelto a centrarse en las virtudes como principal quehacer de la persona en su realización, dejando a un lado el debate estéril sobre la normatividad de preceptos morales descarnados, tan objetivos y formales que se alejan del bien íntimamente humano.

El libro se divide en cuatro capítulos: en el primero repasa lo esencial de la sabiduría de los Padres del desierto acerca de cómo este vicio oscurece el corazón humano, para pasar en el segundo a ver cómo el Aquinate elabora una exposición sistemática de la misma que integra esas enseñanzas con el resto de la tradición moral. Los dos últimos se ocupan de mostrar cómo la acedia afecta a la vida cristiana en general, y a los distintos estados de vida en particular. En esta breve reseña me haré eco de algunos aspectos

que considero más interesantes por su aportación a la reflexión sobre el obrar humano en general, y a la ética en particular.

El primer capítulo, dedicado a resumir la enseñanza de Evagrio y los Padres del desierto es muy interesante porque recupera para buena parte de los lectores occidentales la riqueza y finura de un pensamiento claramente ocupado en conocer el corazón del hombre. Un planteamiento demasiado naturalista o psicologista ha reducido nuestra mirada sobre el obrar humano sólo a sus manifestaciones exteriores y a explicaciones circunstanciales. Pero la radical definición del hombre como ser abierto y en tensión hacia el Absoluto nos ayuda a arrojar más luz sobre esos elementos. El papel del símbolo como método para comprender mejor lo que está más allá de lo inmediato resplandece en sus escritos.

«Para la tradición espiritual, la vida cristiana es también una marcha por el desierto. Salimos de Egipto (es decir, de la tierra del pecado) cruzando el Mar Rojo (es decir, por medio del bautismo) y hemos dado comienzo a un itinerario espiritual, que durará toda nuestra vida y que se puede considerar como toda una peregrinación por el desierto. Para poder entrar en la Tierra prometida (es decir, en la Vida eterna) hemos de luchar con nuestros enemigos. Aquellas ocho naciones simbolizan los ocho enemigos del alma que hemos de combatir antes de vivir la unión definitiva con Dios» (p.6). La acedia es uno de esos enemigos, que ocupa un lugar especial, si tenemos en cuenta las facultades del alma tal y como las define la antropología clásica, pues considerando el origen de todos los vicios que pueden afectar a la voluntad, se encuentra en la intersección de todos ellos, aúna las pasiones espirituales y las corporales. Nault hará luego un breve apunte histórico (p.29) muy interesante sobre cómo de estos ocho pensamientos o vicios principales se llegará en la Edad Media a los siete pecados capitales, con Hugo de San Víctor (siglo XII), aunque ya san Gregorio Magno (siglo VI) había quitado la acedia de la lista.

Como recuerda el autor en los preliminares del capítulo segundo destinado a exponer la explicación de la acedia de santo Tomás, en su pensamiento no podemos escindir vida moral y vida espiritual. La ruptura entre ambas tendrá dramáticas consecuencias, no sólo porque desaparece la enseñanza sobre la acedia, sino sobre todo, porque esta desaparición manifiesta una pérdida más grave: la pérdida de la finalidad en la metafísica del sujeto que se elabora en la Modernidad.

En línea con la propuesta de diálogo entre fe y razón con la que poder recuperar el sentido genuino de la acedia y la luz que aporta para entender mejor algunos de los problemas de la cultura y la mentalidad actuales, es muy útil el apartado en el que se recoge el remedio que el Aquinate propone para la acedia, que además califica como «definitivo» (pp. 55-60): «la Encarnación es, pues, el remedio definitivo contra la acedia: nos devuelve, realmente, la alegría de ser salvados. ¿Quiere esto decir que ya no tenemos nada más que hacer? ¡De ningún modo! Todavía nos queda recibir y dar acogida a dicha salvación en nosotros» (p.59). La acedia es el obstáculo principal para la recepción de la donación gratuita de Dios y para la realización del designio de Dios en Jesucristo. [...] Dicho esto, ¿cómo es posible que la acedia haya sido completamente erradicada del vocabulario teológico y moral? ¿Por qué no se habla ya de ella?» (p.65).

Inicia aquí el autor una descripción muy sintética del modo en que la ruptura gnoseológica y metafísica iniciada con Scoto y luego con Guillermo de Ockham desemboca en una fractura definitiva ahondada por toda la filosofía moral moderna por un lado, y por la racionalización de la teología moderna por otro.

«Podemos decir que el iniciador del cambio radical que afectará a la teología moral, después de santo Tomás, es el beato Juan Duns Scoto (1265-1308). No obstante, es con el franciscano Guillermo de Ockham (1300-1350) con el que podemos hablar de verdadera *revolución*. Al contrario que Tomás de Aquino, Ockham elabora un nuevo concepto de la libertad que él llama *libertad de indiferencia* (*libertas indifferentiae*). ¿Por qué este nombre? Porque, según él, el hombre se encuentra sumido en una indeterminación total, en una indiferencia total, frente al bien o al mal. Hemos de darnos cuenta de que estamos, hoy día, tan marcados por este concepto, que nos cuesta representarnos la libertad de otro modo que no sea la posibilidad de elegir entre contrarios. [...] Guillermo de Ockham hace de la libertad un momento *anterior* a la inteligencia y la voluntad. [...] Para que pueda elegir entre el bien y el mal, necesitará, por consiguiente, de la intervención de un elemento exterior, que Ockham identifica con la *ley*. En lo sucesivo, según este concepto, es la obediencia a la ley lo que definirá el bien: *está bien porque la ley me lo pide*; y no *ya la ley me lo pide porque está bien*. Se trata en este caso de una verdadera revolución, que desembocará en lo que llamamos *legalismo*, para el que sólo la ley es el criterio de bien» (pp.65-66).

Ockham salva la dificultad sobre la bondad de la acción que elige el hombre atribuyendo a la ley de Dios, fruto de su libertad, el origen del bien. Es Dios quien ha elegido por nosotros qué es bueno y qué malo. «¿Qué hay de perverso en este razonamiento? [...] lo que cambia es la razón por la que uno lo hace. Ya no seguimos el Decálogo porque haya una bondad interna en el mandamiento. Seguimos el Decálogo, simplemente, porque Dios lo manda, independientemente de un valor bueno en sí mismo. [...] La moral kantiana llevaría más lejos, si cabe, el punto de vista de Ockham: la bondad del acto viene, únicamente, de su carácter obligatorio, hasta tal punto que si un día el hombre encuentra un mínimo de placer en lo que hace, el acto dejaría de ser moral, ya no es moral. ¡Cuanto más obligatorio sea, cuanto más contraríe las profundas aspiraciones del hombre, es mejor!» (pp.69-70).

El capítulo tercero se presenta como el central del discurso del libro. Sobre todo por lo que a concreciones y aplicaciones a la vida cotidiana y la cultura de hoy. Tras los dos primeros, en los que se ha expuesto el marco teórico tanto desde el punto de vista del nacimiento histórico de la explicación, como del sistemático de la elaboración tomista y la ruptura crítica que hace que desaparezca de los tratados morales, queda ahora la explicación de cómo se presenta hoy en la vida cristiana, aunque no se la nombre. Este capítulo se divide en cuatro grandes apartados, el último de los cuales, *la perseverancia gozosa*, desarrolla la estrategia para luchar contra la acedia, mientras que los tres primeros explican las manifestaciones principales que hoy presenta este vicio moral: la desintegración de la persona, la inestabilidad y la falta de perseverancia. Recorriendo estas manifestaciones salta a la vista hasta qué punto ese vicio moral que describieron los primeros Padres del desierto caracteriza a nuestros contemporáneos postmodernos.

Al mostrar la desintegración de la persona humana que causa la acedia, el autor nos habla *primero de la pérdida del sentido*, para luego mostrar cómo conduce a la tentación de la desesperación, pues «cuando desaparece el sentido de la vida, la acedia engendra a su primera hija, la más temible de todas: la desesperación» (p.78), pues se trata, dice el autor, de un «verdadero *flirteo con la muerte*», como explica citando un texto del cardenal Ratzinger.

Al presentar la doctrina de Evagrio en el capítulo primero, el autor mostró cómo la acedia tenía siempre una manifestación espacial y otra temporal. Son las dos que nos queda por

mostrar. La dimensión espacial es la *inestabilidad* y la dimensión temporal de la acedia se muestra en la *ausencia de perseverancia*.

El libro se completa con el cuarto y último, en el que el autor desciende aún más en las manifestaciones de la acedia hoy, en este caso analizándolas en los distintos estados de vida: vida monástica (pp.111-128), vida sacerdotal (pp.129-137) y el matrimonio (pp.138-154).

Para concluir la reseña me gustaría señalar algunos detalles meramente formales, pero que podría corregirse en ulteriores reimpressiones. El primero tiene que ver con la traducción, a veces demasiado pegada al original francés, lo que se nota en una sintaxis castellana algo forzada o excesivamente repleta de comas. Sin embargo, el problema surge cuando en esa traducción no se han vertido bien algunas frases de doble negación, con lo que dicen lo contrario del original. En ocasiones, como en el caso del inicio de la página 70, es fácil detectar el error, pues hay dos frases seguidas contradictorias, y se puede colegir pese a lo que dice en español, cuál es el sentido original del autor.

La edición del libro, como es tradición en esta editorial, es pulcra y está muy cuidada, y es difícil encontrar erratas. Por ello choca encontrar en los encabezados de las páginas del capítulo cuarto la palabra acedia con tilde (*acedía*). En el resto del libro se ha optado (como creo que es mucho más acertado dada la fonética propia del español) por la grafía castellana sin tilde. ■

**AGEJAS ESTEBAN, José Ángel**

Universidad Francisco de Vitoria  
Madrid (España)

# Re lectio nes

[www.relecciones.com](http://www.relecciones.com)



Universidad  
Francisco de Vitoria  
UFV Madrid